

Descorriendo el velo del futuro¹

Antes de que el pecado entrara en el mundo, Adán gozaba de una comunión directa con su Creador; pero desde que el hombre se separó de Dios por causa del pecado, ese gran privilegio le ha sido negado a la raza humana. Sin embargo, mediante el plan de redención, se abrió un camino para que los habitantes de la Tierra pudieran seguir teniendo relación con el Cielo. Dios se comunicó con el ser humano mediante su Espíritu; y por medio de las revelaciones hechas a sus siervos escogidos la luz divina se esparció por el mundo. “Los santos hombres de Dios hablaron inspirados por el Espíritu Santo” (2 S. Pedro 1:21).

Durante los primeros dos mil quinientos años de la historia humana, no hubo revelación escrita. Los que eran enseñados por Dios comunicaban sus conocimientos a otros, y estos conocimientos eran así transmitidos de padres a hijos a lo largo de generaciones sucesivas. La redacción de la Palabra escrita empezó en tiempos de Moisés. Los conocimientos inspirados fueron entonces compilados en un libro inspirado. Esa labor continuó durante el largo período de mil seiscientos años; desde Moisés, el historiador de la Creación y de la Ley, hasta Juan, el narrador de las verdades más sublimes del evangelio.

La Biblia señala a Dios como Autor de ella; sin embargo, fue escrita por manos humanas, y la diversidad de estilo de sus diferentes libros revela las características de los diversos autores. Las verdades reveladas son todas inspiradas por Dios (2 Timoteo 3:16); aun así, están expresadas en palabras humanas. El Ser supremo e infinito iluminó con su Espíritu la mente y el corazón de sus siervos. Les daba sueños y visiones y les mostraba símbolos y figuras; y aquellos que recibían esta revelación plasmaban el pensamiento en palabras humanas.

Escritos en épocas diferentes y por personas que diferían notablemente en condición y ocupación, así como en facultades intelectuales y espirituales, los libros de la Biblia presentan contrastes en su estilo, como también diversidad en la naturaleza de los temas que desarrollan. Sus diferentes escritores se valieron de diversas formas de expresión; a menudo la misma verdad está presentada por uno de ellos de modo más impactante que por otro. Ahora bien, como varios de sus autores nos presentan el mismo tema según aspectos y relaciones diferentes, puede parecerle al lector superficial, descuidado o prejuiciado que hay discrepancias o contradicciones allí donde el estudioso atento y respetuoso percibe, con discernimiento más claro, la armonía subyacente.

¹Introducción de la autora.

Al ser presentada mediante diferentes personas, la verdad aparece en sus variados aspectos. Un escritor queda más fuertemente impresionado con un aspecto del tema; capta esos puntos que armonizan con su experiencia o con sus facultades de percepción y apreciación; otro nota un aspecto diferente; y cada uno, bajo la dirección del Espíritu Santo, presenta lo que ha quedado marcado con más fuerza en su propia mente: en cada uno hay un aspecto diferente de la verdad, pero de principio a fin hay en todos una perfecta armonía. Y las verdades así reveladas se unen para formar un todo perfecto, adaptado para satisfacer las necesidades de las personas en todas las circunstancias y las experiencias de la vida.

Dios se ha complacido en comunicar su verdad al mundo por medio de instrumentos humanos, y él mismo, mediante su Santo Espíritu, hizo idóneos a los hombres y los habilitó para realizar esa obra. Guio la mente de ellos en la elección de lo que debían decir y escribir. El tesoro fue confiado a vasijas de barro; pero no por eso deja de provenir del Cielo. El testimonio se transmite mediante la expresión imperfecta del lenguaje humano, y sin embargo es el testimonio de Dios; y el hijo de Dios que obedece y cree contempla en él la gloria de un poder divino, lleno de gracia y de verdad.

En su Palabra, Dios ha entregado a los hombres el conocimiento necesario para la salvación. Las Santas Escrituras deben ser aceptadas como una revelación autorizada e infalible de su voluntad. Son la norma del carácter, nos revelan las doctrinas y son el criterio para evaluar la experiencia. “Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en la justicia, a fin de que el siervo de Dios esté enteramente capacitado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:16, 17).

Sin embargo, el hecho de que Dios haya revelado su voluntad a la humanidad por medio de su Palabra no ha convertido en innecesaria la continua presencia y guía del Espíritu Santo. Por el contrario, el Salvador prometió que el Espíritu les facilitaría a sus siervos la comprensión de la Palabra, a fin de iluminar y aplicar sus enseñanzas. Y, como el Espíritu de Dios fue quien inspiró la Biblia, resulta imposible que las enseñanzas del Espíritu entren en contradicción con las de la Palabra.

El Espíritu no fue dado —ni puede jamás ser otorgado— para reemplazar a la Biblia, dado que las Escrituras declaran explícitamente que la Palabra de Dios es la regla por la que toda enseñanza y toda experiencia deben ser probadas. “Queridos hermanos, no crean a cualquiera que pretenda estar inspirado por el Espíritu, sino sométanlo a prueba para ver si es de Dios, porque han salido por el mundo muchos falsos profetas” (1 S. Juan 4:1). E Isaías declara: “¡A la enseñanza y al testimonio! Si sus palabras no corresponden a esto, es porque no les ha amanecido” (Isaías 8:20).

Se ha traído gran oprobio sobre la obra del Espíritu Santo por los errores de una clase de personas que, pretendiendo ser iluminadas por él, aseguran no tener más necesidad de ser guiadas por la Palabra de Dios. Están dominadas por impresiones que consideran como la voz de Dios en el alma. Pero el espíritu que las controla no es el Espíritu de Dios. Dejarse guiar por impresiones y descuidar las Santas

Escrituras solo puede conducir a la confusión, el engaño y la ruina. Esto solo sirve para impulsar los designios del maligno. Y, como el ministerio del Espíritu Santo es de importancia vital para la iglesia de Cristo, una de las estrategias de Satanás consiste en provocar desprecio hacia la obra del Espíritu por medio de los errores de los extremistas y fanáticos, y en hacer que el pueblo de Dios descuide esta fuente de fortaleza de la que nuestro Señor nos ha provisto.

Según la Palabra de Dios, el Espíritu Santo habría de continuar su obra durante todo el período de la dispensación cristiana. Durante las edades mientras se impartían las Escrituras tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo Testamento, el Espíritu Santo no cesó de comunicar luz a las mentes individuales, además de las revelaciones que debían ser incorporadas en el Canon Sagrado. La Biblia misma relata cómo, por intermedio del Espíritu Santo, las personas recibieron advertencias, reprensiones, consejos e instrucciones en asuntos que de ninguna manera se relacionaban con la entrega de las Escrituras. También menciona a profetas que vivieron en épocas diferentes, pero de cuyas declaraciones no tenemos registro alguno. Asimismo, una vez cerrado el canon de las Escrituras, el Espíritu Santo habría de continuar su obra de iluminar, advertir y consolar a los hijos de Dios.

Jesús les prometió a sus discípulos: “El Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, los consolará y les enseñará todas las cosas, y les recordará todo lo que yo les he dicho”. “Cuando venga el Espíritu de verdad, él los guiará a toda la verdad [...] y les hará saber las cosas que habrán de venir” (S. Juan 14:26; 16:13). Las Escrituras enseñan claramente que estas promesas, lejos de limitarse a los días apostólicos, se extienden a la iglesia de Cristo en todas las edades. El Salvador les asegura a sus seguidores: “Yo estaré con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo” (S. Mateo 28:20). Y Pablo declara que los dones y las manifestaciones del Espíritu fueron dados a la iglesia “a fin de perfeccionar a los santos para desempeñar su ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un estado perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo” (Efesios 4:12, 13).

El apóstol oró así por los creyentes de Éfeso: “Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, les dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él. Pido también que Dios les dé la luz necesaria para que sepan cuál es la esperanza a la cual los ha llamado [...] y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros, los que creemos, según la acción de su fuerza poderosa” (Efesios 1:17-19, RVC). La bendición que Pablo pedía para la iglesia de Éfeso era que el ministerio del Espíritu divino iluminara el entendimiento y revelase a la mente las cosas profundas de la santa Palabra de Dios.

Después de la maravillosa manifestación del Espíritu Santo el Día de Pentecostés, Pedro llamó al pueblo al arrepentimiento y a que se bautizara en el nombre de Cristo, para el perdón de sus pecados; y dijo: “Recibirán el don del Espíritu Santo. Porque la promesa es para ustedes y para sus hijos y para todos los que están lejos, para tantos como el Señor nuestro Dios llame” (Hechos 2:38, 39, NBLA).

En inmediata conexión con las escenas del gran Día de Dios, el Señor prometió por medio del profeta Joel una manifestación especial de su Espíritu (Joel 2:28). Esta profecía se cumplió parcialmente con el derramamiento del Espíritu Santo en el Día de Pentecostés; pero alcanzará su cumplimiento pleno en la manifestación de la gracia divina que acompañará la terminación de la obra del evangelio.

El gran conflicto entre el bien y el mal aumentará en intensidad hasta el mismo fin de los tiempos. En todas las edades, la ira de Satanás se ha manifestado contra la iglesia de Cristo; y Dios ha derramado su gracia y su Espíritu sobre su pueblo con el fin de fortalecerlo para oponerse al poder del maligno. Cuando los apóstoles de Cristo estaban por llevar el evangelio al mundo y registrarlos para provecho de todos los siglos venideros, fueron dotados especialmente con la iluminación del Espíritu. Pero, a medida que la iglesia se vaya acercando a su liberación final, Satanás oprimirá con mayor poder. Descenderá “lleno de ira, porque sabe que le queda poco tiempo” (Apocalipsis 12:12, RVC). Oprimirá “con poder, señales y milagros falsos” (2 Tesalonicenses 2:9, NTV). Por espacio de seis mil años esa mente maestra, después de haber sido la más alta entre los ángeles de Dios, no ha servido más que para el engaño y la ruina. Y en el conflicto final se emplearán contra el pueblo de Dios todos los recursos de la habilidad y la sutileza satánicas, y toda la crueldad desarrollada en esas luchas durante siglos. En ese tiempo de peligro, los discípulos de Cristo tienen que alertar al mundo acerca de la segunda venida del Señor, y se preparará a un pueblo “sin mancha y sin defecto” para comparecer ante él en su venida (2 S. Pedro 3:14). Entonces, el derramamiento especial de la gracia y el poder divinos no será menos necesario de lo que lo fue para la iglesia en los días apostólicos.

Mediante la iluminación del Espíritu Santo, las escenas de la prolongada lucha entre el bien y el mal fueron reveladas a quien escribe estas páginas. En varias ocasiones se me permitió contemplar, en diferentes épocas, las peripecias de la gran controversia entre Cristo, el Príncipe de la vida, Autor de nuestra salvación, y Satanás, el príncipe del mal, autor del pecado y primer transgresor de la santa Ley de Dios. La enemistad de Satanás contra Cristo se ha manifestado contra sus seguidores. En toda la historia pasada puede verse el mismo odio a los principios de la Ley de Dios, la misma táctica de engaño, mediante lo cual el error se hace aparecer como verdad, se hace que las leyes humanas sustituyan la Ley de Dios y se induce a los hombres a adorar a la criatura antes que al Creador. Los esfuerzos de Satanás para desfigurar el carácter de Dios, para hacer que los hombres adopten un falso concepto del Creador y así hacer que lo consideren con temor y odio antes que con amor; sus esfuerzos por suprimir la Ley divina y hacer creer a la gente que está liberada de sus requerimientos; sus persecuciones dirigidas contra quienes se atreven a resistir sus engaños; todo ha existido con rigor implacable en todas las épocas. Sus esfuerzos se pueden ver en la historia de los patriarcas, los profetas y los apóstoles, y en la de los mártires y los reformadores.

En el gran conflicto final, Satanás empleará la misma táctica, manifestará el mismo espíritu y trabajará con el mismo fin que en todas las edades pasadas.

Lo que ha sido volverá a ser, con el agravante de que estará señalado por una intensidad tan terrible que el mundo no vio jamás. Los engaños de Satanás serán más sutiles: sus ataques, más resueltos. Si le fuera posible, engañaría aun a los elegidos (S. Marcos 13:22).

A medida que el Espíritu de Dios abrió mi mente a las grandes verdades de su Palabra, y a las escenas del pasado y de lo por venir, se me ordenó que diera a conocer a otros lo que se me había mostrado, y que elaborase un bosquejo de la historia del Conflicto en las edades pasadas, y especialmente que la presentara de tal modo que derramase luz sobre la lucha futura que pronto se avecina. Con este fin, he tratado de escoger y reunir acontecimientos de la historia de la iglesia en forma tal que quedara bosquejado el desenvolvimiento de las grandes verdades probatorias que en diversas épocas han sido dadas al mundo, que han incitado la ira de Satanás y la enemistad de una iglesia amiga del mundo, y han sido sostenidas por el testimonio de aquellos que “no valoraron tanto su vida como para evitar la muerte” (Apocalipsis 12:11).

En estos registros podemos ver un anticipo del conflicto que nos espera. Considerándolos a la luz de la Palabra de Dios, y por la iluminación de su Espíritu, podemos ver expuesta la astucia del maligno y los peligros que deberán evitar los que quieran ser hallados “sin mancha” ante el Señor cuando él venga.

Los grandes acontecimientos que marcaron los pasos de reforma que se dieron en siglos pasados son hechos históricos tan bien conocidos, y tan universalmente aceptados, que nadie puede negarlos. He presentado esa historia en forma resumida, de acuerdo con el objetivo de este libro y con la brevedad que necesariamente debe observarse, condensando los hechos en forma comprensible y relacionándolos con las enseñanzas que de ellos se desprenden. En algunos casos, cuando encontré que un historiador había reunido los hechos y presentado en pocas líneas un claro conjunto del tema abordado, o resumido los detalles en forma conveniente, he reproducido sus palabras. Pero en otros no se ha mencionado al autor, puesto que las citas fueron usadas no tanto para referirse a esos escritos como fuente de autoridad, sino porque sus palabras ofrecían una presentación pulida y contundente del tema. Y, al referir los casos y los puntos de vista de quienes siguen adelante con la obra de reforma en nuestro tiempo, utilicé en forma similar las obras que han publicado.

El objetivo de este libro no consiste tanto en presentar nuevas verdades relativas a las luchas de edades pasadas, como en hacer resaltar hechos y principios que tienen relación con eventos futuros. Sin embargo, cuando se los considera como parte del conflicto entre las potencias de la luz y las de las tinieblas, todos esos registros del pasado cobran un nuevo significado; y se desprende de ellos una luz que proyecta rayos sobre el futuro e ilumina el sendero de quienes, como los reformadores de los siglos pasados, serán llamados, aun a costa de sacrificar todo bien terrenal, a testificar de “la Palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo” (Apocalipsis 1:2).

El objetivo de esta obra es (1) revelar las escenas del gran conflicto entre la verdad y el error; (2) descubrir los engaños de Satanás y la manera en que se lo puede

enfrentar con éxito; (3) presentar una solución satisfactoria al gran problema del mal, derramando luz sobre el origen y el fin del pecado en forma tal que la justicia y la bondad de Dios en sus relaciones con sus criaturas queden plenamente manifiestas; y (4) dejar en claro el carácter sagrado e inmutable de su Ley. Mi ferviente oración es que, por su influencia, muchos se libren del poder de las tinieblas y sean facultados “para participar de la herencia de los santos en el reino de la luz” (Colosenses 1:12), para la gloria de aquel que nos amó y se dio a sí mismo por nosotros.

Elena G. de White